

## LIBRO PRIMERO

### La noche no tan negra como el hombre

#### I

##### LA PUNTA DEL SUR DE PORTLAND

Tenaz y huracanado viento del Norte hizo en el continente europeo, y más violentamente en Inglaterra, durante todo el mes de diciembre de 1689 y durante todo el mes de enero de 1690, produciendo el frío calamitoso de dicho invierno, «memorable para los pobres», como quedó anotado al margen de la Biblia de la capilla presbiteriana de Non Jurors, de Londres. Merced á la útil solidez del antiguo pergamino monárquico que se empleaba en los registros oficiales, largas listas de mendicantes que se encontraron muertos de hambre y de desnudez pueden leerse todavía en la actualidad en muchos repertorios locales, especialmente en los registros de la Clink liberty Court del villorrio de Sontwark, de la Pie powder Court y de la White Chapel Court, en la aldea de Stapney. El Támesis se heló, lo que únicamente sucede una vez cada siglo. Las carretas circulaban por el río helado, y establecióse en el Támesis una feria con tiendas, en la que se verificaron

combates de osos y de toros y en la que asaron un toro entero sobre el hielo, cuyo espesor duró dos meses. El terrible año de 1690 sobrepujo en rudeza hasta á los célebres inviernos del principio del siglo diez y siete, que estudió minuciosamente el doctor Gedeón Delaun, al que honró la ciudad de Londres, levantándole un busto con pedesal largo y cuadrado; era dicho doctor boticario de Jacobo I.

Una noche, al concluir uno de los días más helados de enero de 1690, en una de las numerosas bahías inhospitalarias del golfo de Portland acontecía algo inusitado, que hacía lanzar gritos y dar vueltas alrededor de dicha bahía á las gaviotas y á otras aves marinas, que no se atrevían á penetrar en ella. Esta era la más peligrosa de todas las bahías del golfo cuando soplaban ciertos vientos, y por consiguiente era también la más solitaria y cómoda, por el peligro que ofrecía, para los navios que quieren ocultarse. Un buque viejo, próximo á los peñascos, por causa de la profundidad del agua, hallábase amarrado á la punta de una roca. No debería decirse que la noche cae, sino que la noche sube, porque la obscuridad viene de la tierra. Era ya de noche en los peñascos de la costa, pero todavía

era de día en lo alto del horizonte. El que se acercara a la embarcación amarrada hubiera visto que era una urca de Vizcaya.

El sol, medio cubierto de nubes durante todo el día, acababa de ocultarse. Empezaba á sentirse esa angustia profunda que pudiera denominarse la ansiedad del sol ausente. No soplaban el viento del mar, la bahía estaba en calma; esto en invierno era una feliz excepción. Los puertecillos de Portland son todos ensenadas peligrosas; el mar alborotado agítase dentro de ellos, y se necesita habilidad y ser prácticos para atravesarlos con seguridad; esos puertecillos, más aparentes que reales, hay que mirarlos con prevención porque es terrible su entrada y temible su salida. Esta noche, por casualidad, no ofrecían peligro alguno.

La urca de Vizcaya era un antiguo navío que no se usaba ya. Esta urca, que prestó servicios hasta á la marina militar, tenía casco fortísimo; era barca por la dimensión y navío por la solidez, y figuró en la Armada: la urca de guerra es verdad que pagaba fuertes derechos de tonelaje; la capitana Gran Grifón, mandada por Lope de Medina, era de seiscientas toneladas y llevaba cuarenta cañones; pero la urca mercante y contrabandista era una muestra insignificante de la de guerra. No obstante, las gentes del mar estimaban y consideraban á este navío mezquino. Las cuerdas de la urca eran de cáñamo, y algunas tenían el alma de hilo de alambre, lo que denotaba la probable intención, pero poco científica, de obtener indicaciones en los casos de tensión magnética; la delicadeza de las cuerdas no eximía el tener los gruesos cables de trabajo, las cabrias de las galeras españolas, ni los camelí de los *trirremi* romanos. La caña del timón era larga y tenía la ventaja del gran brazo de una palanca, pero también el defecto del pequeño arco de esfuerzo; dos tornos con dos clavos al extremo de la caña corrían este inconveniente y reparaban la pérdida de fuerza. La brújula estaba bien colocada en un armario pequeño, perfectamente cuadrado, y balanceábase bien entre dos cuadros de cobre, colocados el uno sobre el otro en forma horizontal.

Era científica y sutil la construcción de la urca, pero de ciencia ignorante y de sutileza bárbara. La urca era primitiva co-

mo la prame y como la piragua; poseía la estabilidad de la primera y la ligereza de la segunda, y como todas las embarcaciones hijas del instinto del pirata ó del pescador, tenía buenas cualidades marítimas; lo mismo servía para el agua cerrada que para el agua abierta: su juego de velas, complicado con estayes, permitíale navegar con lentitud por las bahías cerradas de Asturias, que son casi estanques, y con velocidad en alta mar; podía dar la vuelta á un lago y la vuelta al mundo; naves singulares, que tienen dos objetos: que sirven para el estanque y sirven para la tormenta. La urca era entre los navíos lo que es la nevatilla entre las aves; uno de los pájaros más pequeños y uno de los más osados: cuando se posa la nevatilla, apenas mueve la caña, y cuando vuela, cruza el Océano.

Las urcas de Vizcaya, hasta las más pobres, estaban pintadas y doradas. La costumbre de pintarralear es propia de esos hermosos pueblos semi-salvajes.

Volvamos á ocuparnos de Portland, áspera montaña del mar. La semi-isla de Portland, contemplada en el plano geométrico, ofrece el aspecto de una cabeza de pájaro, cuyo pico está vuelto hacia el Océano y el occipucio hacia Weymouth: el istmo forma su cuello.

Portland existe hoy para el comercio; sus costas fueron descubiertas por los canteros y los yeseros hacia la mitad del siglo XVIII. Desde esa época, de las rocas de Portland se compone el cimiento romano, explotación útil que enriquece al país y que desfigura la bahía. Antiguamente estas costas eran montañas; hoy están ruinosas como una cantera: la piocha las muere y las olas las desgastan, lo que las quita parte de su belleza. Al desgaste magnífico del Océano ha seguido el golpe acompañado del hombre, y este golpe ha suprimido la pequeña bahía donde se hallaba amarrada la urca de Vizcaya. Para encontrar algún vestigio de su demolición, es necesario ir a la costa oriental de la semi-isla, hacia la punta, más allá de Wakeam, entre Church-Hop y entre Southwell.

La bahía iba quedando de minuto en minuto más invadida por la obscuridad; la turbia bruma, propia del crepúsculo, hacíase muy espesa, como el acrecentamiento de obscuridad en el fondo de un pozo;

la salida al mar de la bahía, que era un estrecho corredor, dibujaba en su interior, donde las olas se movían, una hendidura blanquecina. Era menester estar muy cerca para distinguir la urca amarrada á los peñascos y oculta por el inmenso manto de la sombra. Una tabla lanzada desde la orilla á una salida baja y llana del monte, único desembarcadero, hacía comunicar la barca con la tierra: formas negras andaban y atravesaban por dicho puente movedizo y se embarcaban en la obscuridad.

Hacía menos frío en la bahía que en el mar, merced al parapeto de rocas levantado al Norte de este estanque, disminución de frío que no impedía que las gentes tiritasen y que apresurasen su llegada á la urca.

Los efectos del crepúsculo dibujaban las formas y los trajes de dicha gente, dando á conocer que pertenecían a la clase denominada en Inglaterra *The ragged*, esto es, de los andrajosos.

Distinguíase vagamente en los relieves de la montaña peñascosa un sendero que torcía. Dicho sendero, tortuoso y casi pendiente, más á propósito para cabras que para seres humanos, conducía a la plataforma, donde estaba colocada la tabla que servía de puente. Los senderos de los montes tienen un declive que repele; parecen, más que un camino, una calda; parece que caigan, no que descendan. Este, que era indudablemente una ramificación de algún camino de la llanura, era desagradable á la vista, por ser muy vertical. Desde abajo velábasele empinarse por medio de zig-zags á los sitios más elevados de la montaña, en donde desembocaba á través de las rocas: por ese sendero debieron haber venido los pasajeros que aguardaba la urca en la bahía.

Exceptuando el movimiento del embarque, todo estaba allí silencioso y solitario. No se percibía ni un soplo, ni un paso, ni un ruido. Se distinguía apenas á la otra parte de la rada, a la entrada de la bahía de Ringstead, una flotilla, sin duda extrañada, compuesta de barcos para pescar tiburones. Esos bajeles polares fueron llevados de las aguas danesas á las aguas inglesas por los caprichos del mar. Los vientos boreales se burlan de los pobres pescadores; éstos iban á refugiarse al surtidero de Portland, indicio de que presu-

mían el mal tiempo y el evidente peligro; entonces se hallaban anclando. La embarcación principal, colocada como vigilante, según la antigua costumbre de las flotillas noruegas, dibujaba en negro toda su tripulación sobre la llanura del mar, y veíase á la parte de delante la horca de pescar cargada de todos los garfios y harpones destinados á coger al *seymnus glacialis*, al *sgnulus acanthias* y al *sgnulus spinax niger*. Exceptuando algunas embarcaciones cercanas refugiadas en el mismo rincón, la vista no percibía moverse nada más en el vasto horizonte de Portland: no había ni una casa ni un navío. La costa no se hallaba habitada en esta época, y la rada no era habitable en esta estación.

Aunque ofrecía buen aspecto el tiempo, los seres que iba á transportar la urca de Vizcaya aligeraban la partida. Formaban á la orilla del mar una especie de grupo, movedizo y confuso, que se gobernaba rápidamente, pero que era imposible distinguir uno de otro á aquellos seres, ni percibir si eran viejos ó jóvenes. La noche indistintamente los confundía, borrando casi sus contornos. La sombra era la máscara que llevaban en la cara. Eran ocho y había probablemente entre ellos una ó dos mujeres, difíciles de reconocer entre las desgarraduras y los andrajos que cubrían todo el grupo, cuyos vestidos astrosos no eran trajes de mujeres ni de hombres, porque los harapos no tienen sexo.

Una sombra pequeña, que iba y venía entre las mayores, denotaba que era un enano ó un niño.

Era un niño.

## II

### AISLAMIENTO

Observando el grupo de cerca, he aquí lo que se veía en él. Todos los que lo formaban, llevaban capas largas agujereadas y emendadas, pero dobles, para que en caso de necesidad les tapasen hasta los ojos y les preservaran de los vientos huracanados y de la curiosidad: bajo esas capas movíaz-

se con agilidad. La mayoría de ellos llevaba un pañuelo arrollado alrededor de la cabeza, rudimento en el que empieza el turbante en España; ir de este modo no era extraño en Inglaterra: en esta época el Mediodía era de moda en el Norte; tal vez sucedería así, porque el Norte batía al Mediodía y triunfando le admiraba. Después de la derrota de la Armada, el castellano en el palacio de Isabel fué el elegante idioma extranjero introducido en la corte. Hablar inglés en el palacio de la reina de Inglaterra era «Shocking» (1). Participar de los hábitos de los vencidos es costumbre constante del vencedor bárbaro frente á frente del vencido hábil; el tártaro admira é imita al chino: por eso las modas castellanas penetraron en Inglaterra, y los intereses ingleses infiltráronse en España.

Uno de los hombres del grupo que se embarcaba parecía ser un jefe: calzaba alpargatas y lucía andrajos de pasamanería y dorados y un chaleco de paja gruesa, reluciente bajo la capa como un vientre de pescado. Otro bajaba hasta la cara un fieltro en figura de sombrero; dicho fieltro no tenía agujero para la pipa, lo que denotaba pertenecer á un hombre letrado.

El niño, llevaba encima de los harapos, un chaquetón de grumete que le llegaba hasta las rodillas; por su talla aparentaba tener de diez á once años; iba con los pies desnudos.

La tripulación de la urca componíase de un patrón y de dos marineros. La urca venía de España y volvía á ella. Desempeñaba, evidentemente, de una parte á otra servicios furtivos.

Las personas que conducía cuchicheaban entre sí; en este cuchicheo pronunciábanse palabras de muchas lenguas, castellanas, francesas, alemanas, gallegas y vascas; componían un *patois*, una especie de caló.

Esas gentes parecían pertenecer á todas las naciones, pero á un mismo bando; la tripulación probablemente lo sería también; había connivencia en el embarque. Esta tropa pintoresca parecía ser una compañía de camaradas ó acaso un montón de cómplices.

(1) Cursi.

Si hubiese sido de día, ó se mirase con curiosidad y de muy cerca, hubiérase visto que llevaban rosarios y escapularios ocultos entre los harapos. Uno de ellos, que se mezclaba en el grupo y que parecía mujer, llevaba un rosario muy semejante, por lo abultado de los granos, á un rosario de derviche, y era un rosario irlandés que se llama Llanandiffry.

Hubiérase podido ver también, si hubiese menos obscuridad, una Nuestra Señora con el Niño en brazos, esculpida y dorada en la parte delantera de la urca; probablemente sería alguna Virgen vasca. Haciendo las veces de mascarón de proa, había en dicho lugar una especie de jaula para poner fuego, que estaba apagado en este momento por exceso de precaución, que indicaba el cuidado que ponían en permanecer ocultos; dicho aparato sin duda alguna les servía para dos fines; cuando le encendían ardía por la Virgen é iluminaba el mar, y era un fanal que desempeñaba funciones de cirio.

El tajamar, largo y agudo junto al bauprés, salía por delante semejante á una media luna; en el nacimiento del tajamar, y á los pies de la Virgen había un ángel arrodillado y pegado al estrave, con las alas plegadas y mirando al horizonte con un anteojo. El ángel era también dorado como la Virgen. Había en el tajamar agujeros y claraboyas para dejar pasar las olas y para dar ocasión á dorados y arabescos.

Al pie de la Virgen estaba escrita en letras mayúsculas la palabra *Matutina*, nombre del navío, ilegible en este instante por la obscuridad que reinaba.

Al pie del monte peñascoso estaba depositado, en desorden y con la confusión de la partida, el cargamento que pertenecía á los viajeros, y que, gracias á la tabla que les servía de puente, pasaba rápidamente de la costa á la barca. Sacos de bizcochos, una banasta de *stockfish*, una caja portativa de *soup*, tres barriles de agua dulce, uno de cebada, otro de alquitrán, cuatro ó cinco botellas de cerveza, maletas, cofres, una bala de estopa para las antorchas y para las señales, todo esto componía el cargamento de las personas embarcadas. Estos andrajosos llevaban maletas, lo que indicaba que su existencia era errante; los indigentes ambulantes se ven obligados á poseer algo; muchas veces quisieran volar como los pájaros, pero no pueden sin per-

der su modo de ganar la vida; poseen por necesidad cajas de útiles é instrumentos de trabajo, cualquiera que sea su profesión nómada; bagaje que embaraza en más de una ocasión.

Les habría sido difícil conducir todo ese equipaje á la falda del monte peñascoso, y hacerlo así indicaba la intención de una partida definitiva. No perdían el tiempo; aquello era un continuo pasaje de la ribera á la barca y de la barca á la ribera; cada cual tomaba su parte en esta faena; uno conducía un saco, otro un cofre. Las mujeres posibles ó probables en aquella mezclanza trabajaban como los hombres; también cargaban al niño.

Era dudoso que este niño tuviera padre ni madre en aquel grupo, porque no daban señales de vida y le hacían trabajar demasiado. Parecía, no el hijo de una familia, sino el esclavo de una tribu; á todos servía y nadie le hablaba. Trabajaba con ligereza y, como los demás, parecía no tener más que un pensamiento, embarcarse pronto. ¿Sabía por qué? Probablemente no. Apresurábase maquinalmente, porque veía que los demás se apresuraban.

La urca tenía el castillo con cubierta de popa. La colocación del cargamento en la cala ejecutóse con prontitud; iba á llegar el momento de levar velas. La última caja había ya pasado el puente; únicamente faltaban ya embarcar algunos hombres. Los dos que parecían mujeres estaban ya á bordo. Quedaban seis, y entre ellos el niño, en la plataforma baja del Norte. Llegó el instante de partir: el patrón cogió el timón y un marinero tomó un hacha para cortar el cable de la amarra. Cortarlo denota prisa: cuando el tiempo no apremia, no se corta, se desanuda.—Vamos—exclamó á media voz el que parecía jefe de los seis y que llevaba lentejuelas entre los harapos. El niño lanzóse á la tabla para pasar el primero; cuando ya ponía el pie en ella, dos de aquellos hombres, echándose encima uno de otro con peligro de arrojar el niño al agua, penetraron en el puente, antes que él; un tercero le apartó con el codo y pasó; el cuarto le rechazó con el puño y siguió al tercero, y el quinto, que era el jefe, saltó en lugar de entrar en el puente, y al saltar rechazó con el talón la tabla, que se hundió en el mar: un hachazo cortó la amarra, la caña del timón giró, el navío salió de la bahía y el niño se quedó en tierra.

### III

#### SOLEDAD

El chico permaneció inmóvil sobre las rocas y con la vista fija en la urca, pero ni dijo una palabra ni llamó á nadie. En el navío reinaba también profundo silencio; ni un grito prorrumpió el niño para que le oyesen aquellos hombres, ni éstos dieron el adiós de despedida á aquél; fué como aceptación muda del intervalo que les separaba. El niño estaba como clavado en las rocas, que la marea alta comenzaba á mojar, y miraba alejarse la embarcación.

Un momento después la urca llegó al estrecho de salida de la bahía y entró en él. Se divisó la punta del mástil destacándose en el cielo claro por encima de los bloques hendidos, entre los que zigzagueaba el estrecho como entre dos murallas. Dicha punta erró un momento por encima de las rocas y después pareció que se hundía, y ya no se la percibió: la embarcación había entrado ya en alta mar.

El niño vió cómo se perdía de vista y quedó admirado, pero pensativo; á su estupor se mezclaba una sombra, que era la manifestación de la vida; parecía que tuviese experiencia ese ser que principiaba á vivir, y acaso juzgaba ya. Esta, cuando se adquiere demasiado pronto, hace nacer muchas veces en el fondo obscuro de la reflexión de los niños una especie de terrible balanza en la que esas tiernas almas pesan á Dios.

Como se encontraba inocente, conformábase sin quejarse.

El que es irreprochable no reprocha. Esta repentina eliminación que él hacía de sí mismo no le arrancó ni un solo gesto; sentía como una tiesura interior: ante la vía de hecho del destino, que parecía querer sacrificar su existencia, casi antes de em-

pezarla, el niño no se dobló. De pie recibió el rayo.

Era cierto y seguro, para el que viese su asombro y su falta de miedo, que en el grupo que le había abandonado ningún ser le quería y que él tampoco quería a ninguno. Estaba tan pensativo que no le hacía impresión el frío. De repente el agua le mojó los pies: subía la marea; un fuerte soplo agitó su cabello; el viento huracanado comenzaba á levantarse. Se estremeció y sintió un calofrío por todo el cuerpo, que se despertó, digámoslo así.

Miró por todas partes á su alrededor y encontró solo.

Para él hasta entonces sólo habían existido en la tierra los hombres que en aquel momento estaban en la urca, y esos hombres habían desaparecido; agreguemos á esto una circunstancia muy extraña: que estos hombres que conoció le eran desconocidos también; no podía decir qué eran.

La infancia la pasó entre ellos, sin tener conciencia de ser de los suyos; estuvo postergado y nada más.

Esos hombres habíanle olvidado.

Este niño no tenía dinero; llevaba los pies descalzos y el cuerpo apenas vestido, y no podía contar con un solo pedazo de pan. Era en el invierno y de noche, y era menester andar muchas leguas para hallar una casa habitada, y además, desconocía dónde estaba.

Sólo sabía que los que con él vinieron á bordo por ese mar, se habían marchado sin él.

Se creyó puesto fuera de la vida; sintió no ser hombre; el pobrecillo sólo tenía diez años. Estaba en un desierto, entre profundidades, desde las que divisaba subir la noche y desde las que percibía gruñir las olas.

Estiró los braceillos flacos y bostezó.

Después, bruscamente, como el que se decide por un partido, atrevido, desentumeciéndose y con la agilidad de la ardilla --del clown tal vez,--dió las espaldas á la bahía y se subió por el monte peñascoso. Escaló el sendero, le dejó; volvió a él alerta y arriesgándose. Andaba tan de prisa que cualquiera hubiera creído que llevaba su itinerario, y, sin embargo, no iba á parte alguna. Se apresuraba sin ir á punto fijo: era una especie de fugitivo que huía del destino. Trepaba por las escarpa-

duras de Portland, que estaban hacia el Sur, cuando casi ya no había nieve en el sendero. La intensidad del frío había convertido dicha nieve en un polvo incómodo para el que anduviese por allí. El niño lo sufrió, á pesar de que su traje de hombre, demasiado grande para él, incomodábale. Algunas veces pisaba rocas que no estaban á plomo ó algún declive helado que le hacían caer, y agarrábase á una rama seca ó a una salida de piedra, después de pender del abismo durante algunos instantes. Una vez se cogió á una abertura de una pared, que se hundió de improviso y que le arrastró en su caída; estos hundimientos son pérfidos. El niño resbaló durante algunos momentos como una teja sobre un tejado, y estuvo al borde de la sima, pero empuñando á tiempo una espesa mata de hierba se salvó. El peligro del abismo no le hizo lanzar un solo grito, como tampoco lo había lanzado al ver huir á aquellos hombres; se aseguró más, y silencioso prosiguió la subida; como el terreno escarpado estaba á gran altura, sucedieronle algunas peripecias durante la ascensión. La obscuridad agravaba el peligro del precipicio. Las rocas verticales no concluían nunca.

Parecía que retrocedían ante el niño en la profundidad de su altura; á medida que éste ascendía, la cumbre parecía también subir. Trepando subía por la inmensa mole de rocas, colocada como una barrera entre el cielo y él. Por fin llegó á la cima y saltó á su llanura: casi hubiera podido decir que tomó tierra, pues salía del precipicio.

Apenas llegó a lo alto tiritó de frío; sintió un viento fuerte que le azotaba la cara, era el Nordeste que soplabá, y estrechó contra su pecho su chaquetón de grumete.

El niño, en cuanto llegó á la explanada, sentó firmemente sus pies desnudos sobre el suelo helado y miró á todas partes.

Detrás de él se hallaba el mar, delante la tierra y encima de su cabeza el cielo; pero un cielo sin astros, porque una bruma opaca enmascaraba el cenit.

Al llegar á lo más alto de las rocas encontró frente á la parte de tierra y la contempló; presentábase á su vista llana, helada, cubierta de nieve. No distinguía caminos ni casas, ni una cabaña de pastores, nada. Percibía que daban vueltas en espiral descoloridos torbellinos de nieve fina, que

arrancaba del suelo el viento y hacía volar. La sucesión de las ondulaciones del terreno, que aparecían brumosas, plegábase en el horizonte. Las grandes y deslucidas llanuras se perdían entre la blanca niebla. Reinaba intenso silencio: éste se extendía como el infinito y callaba como la tumba.

El niño volvióse hacia el mar. El mar estaba blanco como la tierra, aquél de espuma, ésta de nieve, y nada es tan melancólico como la luz que refleja esta doble blancura. Esos brillos de la noche presentan solideces muy tersas; el mar era de acero y los montes de peñascos de ébano. Desde la altura donde se hallaba el niño aparecía la bahía de Portland casi como en un mapa descolorido entre su semicírculo de colinas; parecía soñado este paisaje nocturno. La luna presentaba el aspecto de una redondez pálida enganchada en un alzapuño oscuro. De un extremo al otro de esta costa no se percibía ni un solo centelleo que indicase hogar encendido, ventana alumbrada ó casa habitada. Estaba ausente la luz de la tierra como del cielo; ni una lámpara abajo ni un astro arriba. Los aplanamientos de las olas en el golfo, ofrecían aquí y allá levantamientos súbitos. El viento turbaba y deshacía la superficie tersa del mar en este sentido. Veíase todavía al navío huir de la bahía, el que formaba como un triángulo negro resbalando sobre ella. En el horizonte y confusamente, grandes extensiones de agua movíanse en el claro-oscuro siniestro de la inmensidad.

La *Matutina* andaba con velocidad: se la veía decrecer de tamaño, de minuto en minuto, y nada es tan rápido como la desaparición de un barco en las lontananzas del mar.

En un momento dado encendió el fanal de proa; es probable que le inquietase la obscuridad que reinaba en torno suyo, y que el piloto juzgase indispensable iluminar las olas. Ese punto luminoso se veía de lejos adherido lúgubramente á la alta y negra figura de la urca. Parecía una sábana puesta de pie y en marcha por medio del mar, que envolviese á alguno que anduviese llevando en la mano una estrella.

En la atmósfera había síntomas de huracán; el niño esto no lo conocía, pero un marino hubiese temblado. Eran los minutos de anticipada ansiedad, en los que pa-

rece que los elementos vayan á transformarse en personas, y que vamos á asistir á la conversión misteriosa del viento en Aquilón. El mar va á ser Océano, las fuerzas van á trocarse en voluntades, lo que se considera como una cosa en un alma, y vamos á presenciárselo. De aquí nace el horror que nos acomete. El alma del hombre tiene esta confrontación con el alma de la naturaleza.

El caos estaba próximo á manifestarse. El viento, quebrantando la niebla y agrupando las nubes por detrás de ella, disponía la decoración del drama terrible de las olas y del invierno, que se llama una tormenta de nieve.

Estos síntomas los manifestaban los navíos entrantes; á los pocos minutos la rada ya no estaba desierta. A cada momento se veían surgir los mástiles de los buques, que venían buscando refugio. Unos doblaban el Portland Bill, otros el Saint-Atbans Head. Llegaban velas de todas partes. Por el Sur la obscuridad se condensaba, y grandes nubes se aproximaban al mar. El peso de la tempestad, pendiente y cayendo á plomo, tranquilizaba lúgubramente el oleaje. No era momento oportuno para aventurarse en alta mar; la urca, no obstante, había partido ya.

Puso la quilla hacia el Sur; estaba ya fuera del golfo y en alta mar. De improviso el viento soltó terribles ráfagas; la *Matutina*, que aun se percibía á lo lejos, se llenó de velas, como resuelta á afrontar el huracán. Reinaba el Noroeste, viento cazurro y colérico, que se lanzó sobre la urca como empezando á encarnizarse con ella; la urca, cogida por un lado, se inclinó, pero no titubeó, y prosiguió su veloz carrera por lo largo del mar. Parecía denotar esto que el buque, en vez de viajar, huía; que tenía menos miedo al mar que á la tierra, y que le arredraba más la persecución de los hombres que la de los vientos.

La urca, pasando por todos los grados de disminución, hundióse en el horizonte; la pequeña estrella que hacía brillar en la obscuridad empalideció, y el buque, cada vez más confundido con la noche, desapareció, desapareció por completo.

El niño lo comprendió muy bien y dejó de mirar al mar, dirigiendo la vista hacia las llanuras, hacia la tierra arenisca, hacia

las colinas y hacia todas las partes en que quizá fuera posible hallar algún ser viviente. Y echó á andar en busca de ese desconocido.

## IV

## PREGUNTAS

¿Qué era esa especie de cuadrilla que huía abandonando un niño? ¿Eran compraniños los que se evadían?

Ya vimos antes las medidas que tomó Guillermo III y que votó el Parlamento contra los malhechores, hombres y mujeres, llamados compraniños, comprapequeños y cheylas.

La legislación los dispersaba; dichos estatutos, cayendo sobre ellos, originó una fuga general, no sólo de compraniños, sino de vagabundos de todas clases. La mayoría de los compraniños volvió á España, porque, como ya dijimos, muchos de ellos eran vascos.

Esa ley protectora de la infancia, produjo un primer resultado extraño; el súbito abandono de los niños.

Este estatuto penal originó inmediatamente una multitud de niños encontrados, de niños perdidos, y se comprende muy bien. Cualquiera partida errante que llevase un niño era sospechosa; el simple hecho de la presencia de un muchacho, la denunciaba. «Serán compraniños», es lo primero que les ocurría al sheriff, al preboste y al condestable, y empezaban los arrestos y las pesquisas. Personas que sólo eran portadoras, pero obligadas á vagar y á mendigar, tenían que pasar por compraniños, aunque no lo fuesen, porque los débiles creen siempre que comete todos los errores posibles la justicia. Por otra parte, las familias vagabundas son habitualmente asustadizas. Se reprochaba á los compraniños la explotación de los hijos ajenos, pero son tales las promiscuidades de la pobreza y de la indigencia, que muchas veces le era difícil á un padre y á una madre probar que un niño era su hijo. — ¿De quién

tenéis este hijo? — ¿Cómo probar que de Dios? Los niños, pues, eran un peligro, y desembarazábanse de él; huir solos era más fácil. El padre y la madre se decidían á perderle, y le abandonaban ya en un bosque, ya en una playa, ya dentro de un pozo. Se hallaron en las cisternas muchos niños ahogados.

Añadamos á esto que, imitando á Inglaterra, se perseguía desde entonces á los compraniños por toda Europa. Se había dado el impulso de la persecución al cascabel atado. Había emulación por atraparlos entre todas las policías, y el alguacil no vigilaba menos que el condestable. Podíase leer aún, hace veintitrés años, en una piedra de puerta de Otero, una inscripción intraducible — el Código en sus frases anima á la honradez, — en la que estaba, con una gran diferencia penal, el castigo para los que ejercían el comercio de niños y para los que los robaban. He aquí la inscripción castellana: *Aquí se quedan las orejas de los compraniños y las bolsas de los robaniños; mientras que ellos van al mar á los trabajos forzados.*

Como se ve, el confiscarles las orejas y demás, no impedía que fueran destinados á las galeras. Por eso dieron los vagabundos el grito de: ¡Sálvase el que pueda! huían asustados y llegaban temblando. En todo el litoral de Europa espiábase á los que llegaban furtivamente, y era imposible para una cuadrilla embarcarse con un niño, pues desembarcar con él era muy peligroso. Abandonar á un niño era muy fácil y muy rápido.

¿Quiénes eran los que abandonaron á aquel niño en las soledades de Portland? Compraniños, según todas las apariencias.

## V

## EL ÁRBOL DE INVENCION HUMANA

Eran las siete de la noche: el viento á esa hora decrecía, lo que era signo de recrudescencia próxima. El niño hallábase en la extrema altura llana del Sur de la punta de Portland.

Portland es semi-isla; pero el niño ignoraba esto, lo mismo que desconocía el nombre de ella. Sólo sabía que se puede andar hasta que se cae. Una noción es un gula, pero él no tenía noción alguna. Le llevaron allí, y allí le dejaron. *Le llevaron* y *allí* eran los dos enigmas que constituían su destino; *le llevaron* era el género humano, y *allí* era el universo para él. No tenía en el mundo absolutamente otro punto de apoyo que la corta cantidad de tierra en que descansaba los talones, tierra dura y fría para sus pies desnudos. En el inmenso mundo crepuscular, abierto por donde quiera, ¿qué había para este niño? Nada. Iba, pues, hacia ese Nada. El inmenso abandono de los hombres se extendía en torno suyo.

Cruzó diagonalmente la primera llanura alta, después la segunda, luego la tercera. A la extremidad de cada una el niño hallaba una quebradura del terreno; la pendiente era algunas veces abrupta, pero siempre corta. Las elevadas llanuras desnudas de la punta de Portland se asemejan á grandes losas, medio encajadas unas con otras; la de la parte del Sur parece que entra en la llanura precedente, y la de la parte del Norte se levanta sobre la siguiente, y forman salidizos que el niño franqueaba ágilmente. De vez en cuando se paraba, como si celebrase consejo consigo mismo. La noche era más oscura por momentos; su rayo visual se acortaba, y el niño sólo veía ya á pocos pasos de él.

De improviso se paró, escuchó un momento, hizo un imperceptible movimiento con la cabeza, de satisfacción, volvióse con viveza, y se encaminó á una prominencia de mediana altura, que percibía confusamente á su derecha en el punto de la llanura más cercano al monte. Había encima de ella una configuración, que á través de la bruma semejaba un árbol. El niño acababa de oír por ese lado un ruido que no lo producían el viento ni el mar; tampoco era grito de animales. Creyó que allí había alguien. En poco tiempo bajó del montículo. Efectivamente, allí había alguno.

Lo que era confuso desde la cumbre de la prominencia, era ya ahora visible para él. Era algo así como un gran brazo que salía de bajo de tierra enteramente recto: á la extremidad superior de dicho brazo,

alargábase horizontalmente una especie de índice sostenido por bajo por el pulgar; ese brazo, ese pulgar y ese índice, destacábanse en el cielo como una escuadra. En el punto de unión del índice y del pulgar había un hilo, del que colgaba algo negro é informe; este hilo, movido por el viento, producía el ruido de una cadena, y este fué el ruido que el niño oyó.

Percibido de cerca el hilo, era lo que su ruido anunciaba, una cadena; cadena marítima con anillos semi-lenos.

Por la ley misteriosa de la amalgama, que en la Naturaleza sobrepone las apariencias á las realidades, el lugar, la hora, la bruma, el mar trágico y los lejanos tumultos ópticos del horizonte, añadiéndose á la silueta, hacíanla enorme.

La masa atada á la cabeza parecía una vaina; estaba envuelta como un niño entre pañales, pero era larga como un hombre; en la parte alta presentaba una redondez, en torno de la cual se arrollaba el extremo de la cadena. La vaina estaba hecha pedazos por la parte inferior; por estas roturas asomaban como trozos de carne.

Ligero viento movía la cadena, y hacía balancear á lo que de ella colgaba; aquella masa pasiva obedecía á los movimientos difusos de los espacios, causaba no sé qué pánico, indudablemente el del horror que desproporciona los objetos, despojándoles casi la dimensión y dejándoles el contorno; era aquella masa una especie de negrura que tenía un aspecto: la noche estaba encima, y dentro de ella era una presa para el engrandecimiento sepulcral; los crepúsculos, las salidas de la luna, los descensos de las constelaciones por detrás de los montes, las flotaciones del espacio, las nubes y todos los vientos, concluyeron por entrar en la composición de aquella nada visible; aquella especie de bloque suspendido en el viento participaba de la impersonalidad que se esparcía á lo lejos sobre el mar y por el cielo, y las tinieblas acababan de anonadar aquella cosa que había sido un hombre.

Pero no lo era ya. Ser un resto es incomprendible. No existir y persistir; hallarse en el abismo y fuera de él; reaparecer por encima de la muerte, como insumergible, comprende cierta cantidad de imposible

mezclada á semejantes realidades. Este ser —pero ¿puede llamarse ser?— este testimonio negro, era un resto, y un resto terrible. ¿De qué? primero de la Naturaleza, y luego de la sociedad. Cero y total.

La inclemencia absoluta disponía de él á discreción; los profundos olvidos de la soledad le circundaban; estaba entregado á las aventuras de lo desconocido; sin defensa contra la obscuridad, que hacía de él lo que quería; era siempre el paciente, y los vientos le batían.

Se hallaba allí entregado al saqueo. Sufría el hecho horrible de pudrirse al aire libre; estaba fuera de la ley del sepulcro; á su anonadamiento faltábale la paz. Se convertía en ceniza en el verano, y en barro en el invierno. La muerte debe cubrirse con un velo, la tumba debe tener pudor; aquí no existía el pudor ni el velo. La putrefacción cínica es consentida; es descarada la muerte cuando ostenta su obra é insulta á todas las serenidades de la obscuridad, cuando trabaja fuera de la tumba, que es su laboratorio.

Cuando espiró ese ser, despojáronle. Despojaron á un despojo. El tuétano no estaba ya en sus huesos, ni las entrañas en su vientre, ni en su garganta la voz. Un cadáver es una bolsa que la muerte revuelve y vacía, si en él existió un yo. ¿Dónde está ahora ese yo? Tal vez allí aún, y es doloroso pensar esto. Algo errante en derredor de algo encadenado. ¿Puede figurarse en la obscuridad un lineamiento más fúnebre?

Existen aquí abajo realidades que son como puntos de partida hacia lo desconocido, por los que la salida del pensamiento parece posible, y por lo que se precipita la hipótesis. La conjetura tiene su *compelle intrare*. Si pasamos por ciertos sitios y ciertos objetos, nos paramos, siendo presa de ciertos pensamientos, y dejamos que el espíritu avance hasta su fondo. Existen en lo invisible obscuras puertas entreabiertas. Ninguno que se halle con dicho cadáver dejará de meditar.

La vasta dispersión le aniquilaba silenciosamente; poseyó sangre, que le bebieron; piel, que le han comido, y carne, que le han robado. Nada paso junto á él sin tomarle algo. Diciembre le prestó el frío, la media noche el espanto, el hierro el moho,

la peste los miasmas; su lenta disgregación era un derecho de peaje que pagaba el cadáver al huracán, á la lluvia, al rocío, á los reptiles y á las aves. Todos los sombríos manes de la noche habían hozado aquel cadáver. Era éste una especie de extraño habitante de la noche. Estaba y no estaba en la llanura, sobre una colina. Era palpable y evaporado. Hallábase en la obscuridad, completando las tinieblas. Después de desaparecer el día, estaba lúgubrementemente acorde con todo lo demás, en la vasta y silenciosa obscuridad. Acrecentaba sólo estando allí, el luto de la tempestad y la calma de los astros. Resto abandonado de incógnito destino, estaba acorde con las feroces reticencias de la noche, y su misterio encerraba una reverberación vaga de todos los enigmas.

En torno suyo parecía que disminuía la vida: en las extensiones que le rodeaban, también había disminución de certidumbre y de confianza. El temblor de las malezas y de otras matas daban melancolía y ansiedad, y apropiaban trágicamente todo el paisaje á la figura negra suspendida de la cadena. La presencia de un espectro en el horizonte es una agravación de la soledad. El cadáver era un simulacro de espectro. Batiéndole vientos que no se amortiguan, era implacable, y su temblor eterno le hacía terrible. En el espacio parecía un centro, y no sé qué inmensidad apoyábase en él. Quizá la equidad entrevista, que está más allá de la justicia humana. En su duración fuera de la tumba había algo de venganza de los hombres y de su propia venganza. En aquel crepúsculo y en aquel desierto, era una certificación. Era una prueba de la materia inquietante, porque únicamente temblamos ante la materia, que anuncia la ruina del alma: para que nos perturbe la materia muerta, es necesario que haya vivido en ella el espíritu, y que denuncie la ley de aquí abajo á la ley de allá arriba, puesto que aquí el hombre está esperando á Dios. Encima del cadáver flotaban, con las torsiones indistintas de la nube y de la ola, los inmensos delirios de la obscuridad. Detrás de dicha visión había algo siniestro. El espacio, que nada limitaba, ni un árbol, ni un techo, ni un transeunte, extendíase alrededor del muerto. Cuando la inmanencia deja caer á plomo so-

bre nosotros el cielo, el abismo, la vida y la tumba, y aparece patente, es cuando todo nos parece inaccesible, prohibido y amurallado. No hay cerrojo tan formidable como el que nos presenta el infinito cuando se abre.

## VI

## COMBATE ENTRE LA MUERTE Y LA NOCHE

El niño se detuvo ante el cadáver, mudo, asombrado, y con la mirada fija en él. Para un hombre sería un ahorcado, para el niño era una aparición; el hombre veía un cadáver, y el niño veía un fantasma. Pero nada comprendió.

Las atracciones del abismo son de muchas clases; había una de ellas en lo alto de aquella colina. El niño dió un paso, después dos, y ascendió á ella, teniendo ganas de bajar, y se aproximó al muerto con deseos de retroceder. Estremeciéndose, pero con atrevimiento, acercóse á reconocer al fantasma.

Llegó á la horca, levantó la cabeza, y la examinó.

El fantasma estaba embreado, y brillaba aquí y allá; el niño pudo divisar la cara; estaba pintada de betún, y los reflejos de la noche modelaban su máscara, que parecía viscosa y glutinosa. El niño distinguió la boca, que era un agujero; la nariz, que era otro, y los ojos, que eran dos. El cuerpo se hallaba envuelto y como fajado con una gruesa tela empapada de naphta. La tela, enmohecida, habíase roto, y salía de ella una rodilla; las grietas dejaban ver las costillas. Algunas partes del cuerpo eran cadáver, otras esqueleto. El rostro estaba de color de tierra; los insectos que habían paseado por él habíale dejado marcadas vagas cintas de plata. La tela pegada á los huesos ofrecía relieves como el ropaje de una estatua. El cráneo, cascado, y hendido, hedia como una fruta podrida. Los dientes estaban casi intactos y conservaban la risa, y un resto de grito

parecía sonar aún en su abierta boca. Que- dábanle algunos pelos de la barba en las mejillas. La cabeza, colgando, parecía atenta.

Se habían hecho recientes reparaciones en el cadáver. El semblante lo habían embreado otra vez, como también la rodilla que salía de la tela y las costillas que se veían; los pies salían debajo de la tela.

Debajo de él y sobre la hierba, se veían dos zapatos; la nieve y las lluvias habían desfigurado su forma; estos zapatos habíanse caído de los pies del muerto. El niño, que iba descalzo, los miró.

El viento, cada vez más inquieto, se había apaciguado en una de esas interrupciones que forman parte de los aprestos de la tempestad, y el cadáver no se movía. La cadena tenía la inmovilidad del hilo tirado á plomo.

Como todos los recién llegados al mundo y teniendo en cuenta la presión especial del destino, el niño sentiría, indudablemente; despertarse las ideas propias de la infancia; pero todo lo que él pensaba en aquel momento se concentraba en el asombro. El exceso de sensación produce igual efecto que el exceso de aceite en la lámpara: apaga el pensamiento; á un hombre hubieranle ocurrido muchas ideas enfrente del cadáver; el niño no tuvo ninguna; no hacía más que mirarle.

El alquitrán daba aspecto húmedo á la faz del muerto, y gotas betuminosas, fijas en lo que fueron ojos, semejaban lágrimas. Pero, merced á la naphta, el aniquilamiento de la muerte se contenía, ya que no podía anularse, y quedaba reducido al menor destrozo posible. Cuidaban mucho del cadáver; no cuidaron de conservar vivo al hombre, pero esforzábanse en conservarle muerto.

La horca era vieja y carcomida, pero sólida, y hacía muchísimos años que se vía.

Era costumbre inmemorial en Inglaterra embrear los cadáveres de los contrabandistas; les ahorcaban á la orilla del mar, untábanles con betún, y los dejaban colgados; los ejemplos deben darse al aire libre, y los ejemplos embreados duran más tiempo. Era muy humano untarles de alquitrán, y de esta suerte se renovaban los ahorcados con menos frecuencia. Situaban

patíbulos en las costas de distancia en distancia, como reverberos en nuestros días; el ahorcado servía de linterna, y alumbraba en cierto modo á sus camaradas los contrabandistas: éstos divisan las horcas desde lejos. Así pasaban y recibían, una detrás de otra, muchas advertencias. Esto no impedía el contrabando. Pero el orden se establece de esta manera. Esta costumbre ha durado en Inglaterra hasta principios de este siglo. En 1822 todavía se vieron, delante del castillo de Douvres, tres ahorcados untados de barniz. Además, el procedimiento conservador no se limitaba á los contrabandistas; en Inglaterra hacíase lo mismo con los ladrones, los incendiarios y los asesinos. John Painter, que incendió los almacenes marítimos de Portsmouth, fué colgado y embreado en 1776. El abate Coyer, que le llama Juan el Pintor, le volvió á ver en 1777. John Painter fué ahorcado y encadenado sobre las ruinas que él causó, y restaurado de vez en cuando. Su cadáver duró cerca de catorce años; aún se hallaba en buen estado en 1788, y debió reemplazársele, por lo tanto, en 1790. Los egipcios tenían en gran estima la momia de los reyes; la momia del pueblo puede ser tan útil como aquella, según parece.

El viento huracanado que hacía en el montículo, había barrido toda su nieve y la hierba y algunos cardos rebotaban aquí y allá. En la horca, hasta el punto en que colgaban los pies del ajusticiado, creció una espesura de matorrales, sorprendente en suelo tan estéril. Los cadáveres colgados y enterrados allí durante varios siglos, explican la fecundidad de las matas. La tierra se nutre de los despojos del hombre.

Fascinación lúgubre tenía extático al niño, y permanecía mirando con la boca abierta. Sólo bajó un instante la cabeza, porque una ortiga le picó en la pierna, y creyó que era la mordedura de un animal. Después volvió á levantarla y á contemplar la cara que también le miraba á él, á pesar de no tener ojos. Su mirada tenía indecible fijeza, luz y tinieblas, y salía del cráneo y de los dientes, lo mismo que de las vacías arcadas de las cejas. Las cabezas de los muertos miran y aterrorizan. No tienen pupilas, y sentimos que nos están mirando.

El niño quedó inmóvil de asombro, perdía la conciencia de sí mismo: el invierno

entregábale silenciosamente á la noche, que es muy traidor el invierno, y el niño quedó convertido casi en estatua. El frío penetrábale en los huesos; la sombra, como un reptil, resbalaba sobre él; el embotamiento que causa la nieve, sube en el hombre como una marea oscura; el niño fué invadido lentamente por una inmovilidad semejante á la del cadáver; iba á dormirse.

En la mano del sueño tiene el dedo la muerte, y el niño sintió que le cogía esta mano; estaba á punto de caer bajo la horca; no sabía ya si estaba de pie.

Ver nuestro fin siempre inminente y ninguna transacción entre ser y no ser, es principio de la creación; un momento más, y el niño y el muerto, la vida que empieza y la vida que acaba, irán á borrarse juntas.

El espectro parecía que comprendía la situación del niño y que la sentía. De improviso se movió, como si advirtiese al niño, pero era que lo balanceaba una fuerte ráfaga de viento.

Nada era tan extraño como este muerto agitándose. El cadáver, al extremo de la cadena, empujado por invisible soplo, tomaba actitud oblicua, corriase hacia la izquierda, caía y subía hacia la derecha, y volvía á caer y subir con la lenta y fúnebre precisión de un badajo. Vaivén ferroz. Creeríase ver en las tinieblas el péndulo del reloj de la eternidad.

Así estuvo algún rato. Al niño pareció que le despertaba la agitación del muerto, y á pesar de su enfriamiento, tuvo miedo. A cada oscilación la cadena rechinaba con repugnante claridad; parecía que tomaba aliento para volver á empezar; este rechinamiento simulaba el canto de la cigarra.

El viento se encolerizó de improviso, y se acentuó mucho más la oscilación del cadáver; sus balanceos convirtiéronse en sacudidas, y la cadena, en vez de rechinar, gritaba. Parecía que habían oído estos gritos, porque del fondo del horizonte respondió un ruido... un ruido de alas.

Sobrevino un incidente: el terrible incidente de los cementerios y de las soledades; la llegada de una bandada de cuervos.

Manchas negras y volantes sombrearon las nubes, agujerearon la bruma, engordaron, se agruparon, se amalgamaron, dirigiéndose con rapidez hacia la colina, lan-

zando gritos, como si se oyese la llegada de una legión. Esa bandada de gusanos alados dejóse caer encima de la horca.

El niño, asustado, retrocedió.

El enjambre parecía obedecer algún mandato; los cuervos agrupáronse sobre la horca; ninguno estaba encima del cadáver, y hablaban entre ellos. El graznido del cuervo causa espanto. Aullar, silbar, rugir, son síntomas de vida; graznar es demostrar la satisfacción que causa la putrefacción; el graznido tiene algo de la voz de la noche.

El niño estaba helado, más que de frío, de miedo.

Los cuervos callaron: uno de ellos saltó sobre el esqueleto, y esto fué la señal. Todos hicieron lo mismo, batiendo una nube de alas; después todas las plumas cerráronse, y el ahorcado desapareció bajo un hormigueo de ampollas negras, que se movían en la obscuridad.

En este momento el muerto se sacudió.

¿Fué él mismo ó fué el viento?... Dió un salto espantoso. El huracán, que rugía, le ayudó. El fantasma se agitó en convulsiones. Las ráfagas del aquilón, que soplaban con todos sus pulmones, apoderáronse de él y le movían en todos los sentidos, y estaba horrible. Era un espantoso muñeco mecánico, que se movía con velocidad, sirviendo de hilo la cadena de la horca, y no sé qué aficionado a las sombras, asía el hilo y daba rápido movimiento á la momia, que daba vueltas y saltos y parecía que iba á dislocarse. Los cuervos se espantaron y volaron, marchándose de allí, pero pronto volvieron, y entonces principió la lucha.

El muerto parecía haber adquirido vida monstruosa; los vientos le levantaban como si quisiesen llevárselo; hubiérase creído que forcejeaba fuertemente para evadirse, y que sólo la argolla le detenía. Los cuervos repetían todos sus movimientos, feroces y encarnizados. Por una parte parecía aquello un intento de extraña fuga, y por otra la persecución de un encadenado. El muerto, impulsado por todos los pasmos del huracán furioso, tenía sobresaltos, choques y accesos de cólera; iba, venía, subía y caía, haciendo retroceder á las aves de rapiña, y esta multitud sitiadora no soltaba su presa. Había momentos en que el muerto tenía encima to-

das las garras y todas las alas, y en otros instantes se separaba de él la horda, pero para volver con más furia á acometerle; espantoso suplicio continuado después de la vida. Los cuervos estaban furiosos; los respiraderos del infierno deben dar paso á enjambres semejantes. No puede darse lucha más lúgubre. Los cuervos hincaban las uñas y los picos, graznando y arrancando al cadáver pedazos, que ya no eran de carne; rechinaba el patíbulo, crujía el herraje, bramaba el viento. Era un combate espectral; el combate de una larva contra demonios.

A veces, cuando la fuerza del viento aumentaba, el ahorcado saltaba sobre sí mismo, y parecía hacer frente por todas partes á la bandada de cuervos, y querer correr hacia ellos y que sus dientes tratasen de morder; el viento estaba en su favor y la cadena en contra suya, como si los dioses contrarios se mezclasen en su destino.

Oíase allá abajo el mugido inmenso del mar. El niño, que todo lo veía, de repente tembló; un fuerte calofrío circuló por todo su cuerpo, vaciló, casi cayó al suelo; después se enderezó, oprimiéndose la frente con las dos manos, como si la frente fuera para él un punto de apoyo, y esquivo y con la cabellera al viento, bajó precipitadamente de la colina; con los ojos cerrados, como si fuera un fantasma de sí mismo, emprendió la fuga, dejando en pos de él la lucha lúgubre del ahorcado con los cuervos.

## VII

## LA PARTE SUR DE PORTLAND

Corrió á la aventura, desalentado y espantado por entre la nieve, por la llanura y en el espacio, pero esta huida le calentó. Sin su espanto y sin dar esa larga carrera, el niño habría muerto.

Cuando le faltó el aliento se detuvo, sin atreverse á mirar atrás. Le parecía que los cuervos le habían de perseguir, que el muerto habría desatado la cadena y seguiría probablemente el mismo camino que él, y que hasta la horca descendía de la colina co-

riendo detrás del muerto. Tenía miedo de ver todo eso, y por eso no volvía la cabeza hacia atrás.

En cuanto recobró el aliento, continuó otra vez la fuga. Darse cuenta de los hechos no es propio de la infancia. El niño percibía sus impresiones á través del cristal de aumento del espanto, pero sin apropiárselas á su espíritu y sin sacar conclusiones. Iba sin saber cómo ni dónde, corría con la angustia y con la dificultad del sueño. Después de tres horas de haber sido abandonado, su carrera, aunque siempre vaga, había cambiado de objeto; antes buscaba, ahora huía, porque no tenía hambre ni frío, sino miedo. Un instinto reemplazó á otro en él. Escapar era en estos momentos su único pensamiento. ¿Escapar de qué?... De todo. La vida se le aparecía por todas partes á su alrededor como una muralla horrible; si hubiera podido fugarse de ella, se hubiera fugado, pero los niños no conocen el escape de la prisión que se llama suicidio. Corría, corrió durante tiempo indeterminado, pero el aliento se agota, y el miedo se acaba también.

De pronto, como sintiendo un acceso de energía y de inteligencia, se paró, como si tuviese vergüenza de huir; enderezóse, pegó con el pie en el suelo, levantó la cabeza resuelto, y miró hacia atrás. Pero ya no divisó ni la colina, ni horca, ni bandada de cuervos; la niebla se había vuelto á apoderar del horizonte.

El niño continuó su camino.

Pero ya no corría, andaba. Decir que el encuentro de un muerto le había hecho hombre, sería limitar la impresión múltiple y vaga que quedó impresa en él. Había en esa impresión su más y su menos. La horca era una cosa confusa en el rudimento de comprensión de su pensamiento, y era para para él una aparición. Sólo era para él una afirmación su terror domado, que le hizo sentirse más fuerte. Si estuviese en la edad de poder sondearse á sí mismo, hubiera hallado dentro de sí otros muchos principios de meditación; pero la reflexión en los niños es informe, y todo lo más que sienten es un dejo amargo de un sentimiento vago en ellos, y que más tarde el hombre llama indignación. Añádase á esto que los niños tienen el don de aceptar asaz de prisa el final de una sensación; los contor-

nos lejanos y fugitivos, que constituyen la amplitud de las cosas dolorosas, no los perciben. La debilidad libra al niño de las emociones demasiado complejas. Ve el hecho y poco más á su lado. La dificultad de satisfacerse con las ideas parciales no existe para el niño. El proceso de la vida instrúyese más tarde, cuando llega la experiencia cargada con sus legajos: entonces se verifica la confrontación de grupos de hechos contrarios, la inteligencia amaestrada y, engrandecida compara, los recuerdos de la juventud reaparecen bajo las pasiones; esos recuerdos son puntos de apoyo para la lógica, y lo que era visión en el cerebro del niño, conviértese en silogismo en el cerebro del hombre. Además, la experiencia es diversa y produce el bien ó el mal según las naturalezas. En las buenas lo madura, en las malas lo pudre.

El niño había corrido un cuarto de legua y había andado otro. De improviso sintió gran incomodidad en el estómago. Una idea, que al punto eclipsó la repugnante aparición de la colina, le ocurrió violentamente: la de comer. Afortunadamente el hombre tiene su parte animal, que es la que le hace volver á la realidad.

¿Pero qué había de comer? ¿dónde y cómo?

Se tocó los bolsillos maquinalmente, porque sabía bien que estaban vacíos. Después aligeró el paso. Sin saber dónde iba, se apresuró á andar en busca de una habitación posible.

Crear hallar posada en semejante sitio, es creer en Dios, porque en esa llanura llena de nieve nada había que se asemejase á un techo.

El niño andaba y andaba, y la tierra, arenisca é inculta, seguía desnuda en el largo espacio que alcanzaba la vista.

Nunca hubo allí habitación humana. En la falda del monte peñascoso, en los agujeros de las rocas, vivían en la antigüedad, por falta de bosques para hacer cabañas, los hombres primitivos, que tenían la honda como arma, por leña para calentarse el excremento seco del buey, por religión el ídolo Heil, de pie, en una pradera en Dorchester, y por industria la pesca del falso coral gris, que los galos llamaban *plin* y los griegos *isidis plocamos*.

El niño orientábase como podía. El des-

tino humano es una encrucijada de calles y la elección de la dirección que se debe tomar es temible; el niño empezaba muy pronto á verse en la necesidad de elegir. Aunque continuaba andando, principiaba á fatigarse. No había senderos en la llanura, y si los había, la nieve los borró. Por instinto continuó dirigiéndose hacia el Este. Afiladas piedras le herían los talones, y si fuese de día se hubieran visto huellas que dejaba en la nieve, las manchas rojas de su sangre. No sabía dónde se encontraba; atravesaba la alta llanura de Portland de Sur á Norte, y es posible que la cuadrilla con la que había él venido la hubiese atravesado de Oeste á Este para evitar encuentros. Al parecer, los comprañeros habían partido en alguna barca de pescador ó de contrabandista, de un sitio cualquiera de la costa de Uggescombe, ya de Saint-Catherine Chap, ya de Swancry, para llegar á Portland y encontrar la urca que les aguardaba, y ésta debió desembarcar en una de las bahías de Weston para ir á reembarcarse en una de las de Eston. Dicha dirección cortaba en cruz la que ahora seguía el niño. Era imposible que hubiera reconocido el camino.

La elevada llanura de Portland tiene aquí y allá alturas ampulosas, arruinadas bruscamente por la parte de la costa, y cortadas á pico sobre el mar. El niño errante llegó á uno de esos puntos culminantes y allí se paró, esperando á ver si encontraba indicaciones en mayor espacio y mirando á todas partes. Tenía ante él por todo horizonte una vasta extensión descolorida. La examinó atentamente, y fijando en ella la mirada, pudo ver menos mal. En el fondo de un lejano pliegue de terreno, hacia el Este, bajo la dicha extensión descolorida, arrastrábanse y flotaban vagos pedazos negros, una especie de arranques difusos. Esa extensión opaca y descolorida era la bruma, y esos pedazos negros eran humo. Donde hay humo hay hombres. El niño dirigióse hacia allí.

Entreveía á alguna distancia un descenso, y al pie del descenso, entre las configuraciones sinuosas de las rocas que la bruma dibujaba, divisó una apariencia de ban-

co de arena ó de lengua de tierra, que probablemente unía á las llanuras del horizonte las altas llanuras que él acababa de cruzar. Era, pues, preciso pasar por allí.

El niño llegó, en efecto, al istmo de Portland, aluvión diluviano que se llama Chess-Hill.

Aventuróse en la vertiente de la llanura alta; la pendiente era difícil y ruda. Era, con menos aspereza, sin embargo, el reverso de la ascensión que verificó para salir de la bahía. Después de subir es necesario bajar, y el niño así lo hizo. Saltaba de roca en roca con peligro de torcerse un pie, con peligro de caer en obscura profundidad; para no resbalar en las rocas y en el hielo, se asía de los matorrales llenos de espinas, y se pinchaba los dedos. En algunos trechos encontraba pendientes suaves y bajaba tomando aliento; después volvían á ser escarpadas y las pasaba con gran dificultad. En los descensos del precipicio, cada movimiento es la solución de un problema: el que no es diestro tiene pena de muerte, y esos problemas resolvíalos el niño con un instinto digno del mono, y con una ciencia que hubiera admirado un saltimbanqui. El descenso era abrupto y largo, pero poco á poco se acercaba para el niño el instante de pisar la tierra del istmo, que entreveía. De vez en cuando, saltando de roca en roca, parábase para escuchar, con la habilidad de un gamo atento. Oía de lejos, á su izquierda, un ruido parecido á un canto de clarín. Había en el viento, en efecto, la renovación de aires que antecede al espantoso viento boreal, que se oye venir del Polo como trompetas que llegan. Al mismo tiempo sentía el niño en la frente, en los ojos y en las mejillas algo semejante á palmas de manos frías que se posasen en su rostro. Eran gruesos copos helados, sembrados en el espacio, que formaban torbellinos y que anunciaban una tormenta de nieve y de lluvia. La tempestad de nieve, que había estallado en el mar hacía más de una hora, comenzaba á desarrollarse en la tierra, é invadía lentamente las llanuras y penetraba oblicuamente por el Noroeste en la llanura alta de Portland.